

Por Luis Felipe Noé.

Texto escrito para la exposición "La Naturaleza y los Mitos" que fuera la primera de su vuelta a la pintura después de nueve años, en noviembre de 1975 en la Galería Carmen Waugh en Buenos Aires.

(copiado del libro NOE, editado por S.A.ALBA en noviembre de 1987 y con proyecto, investigación e inventario de obra de Mercedes Casanegra, pág 90, 91 y 92)

El mundo se me presenta con los datos dispersos y variados. Mi coherencia incoherente es tratar de entenderme con ellos. Y por esto es coherencia incoherente. He echado mano en mi vida a todo lo que he podido echar mano como si fuera un *bricoleur* (los que practican el *bricolage*, término que utiliza Levi Strauss para caracterizar al pensamiento del hombre primitivo, al que opone al método analítico racional propio de lo que él llama Ingeniero). Si soy pintor es porqu, como un bricoleur, llego a entender que he tomado algo del mundo entorno cuando puedo aprisionarlo en una imagen. Me siento como un primitivo frente a un mundo que me excede, pero, en este caso, el "exceso de objeto", no se natural sino cultural; me siento como un imaginero de fetiches en medio de una cultura que se derrumba y otra que aún no se ha enunciado como tal, como un espejo que tiene enfrente el fantasma de un muerto y la latencia futura de un nonato. Y me siento así porque me siento artista en América Latina en la segunda mitad del siglo XX.

Siempre he sentido al arte como una forma de la relación con el mundo entorno no analítica, sino próxima al *bricolage*, pero también siempre he sentido ese entorno cultural caótico lleno de signos de distinto orden, por lo cual nunca he creído que para asir ese mundo entorno sivra una comunicación pautaada en función de ideas del orden y la armonía. Primero fue el caos como ente pasional lo que me atrajo. Por ello, pintaba las figuras como fundiéndose unas con otras, de tal modo que mi tema era la "relación por fusión" (época que culminó con la "Serie Federal"), pero luego sentí que el mundo contemporáneo no se lo podía reflejar a través de ese método, por estar pleno de tensiones y rupturas y oposiciones. Así me interesó una pintura de "visión quebrada". Mi idea del caos se definió "no como lo que está fuera del orden sino el verdadero orden, porque el concepto de orden vigente es una limitación del campo natural de la vida". Por ello me interesó un arte que diera la imagen de un quiebre de estructuras y que este quiebre, constituye a su vez, una nueva estructura por oposición y tensión.

Pero como todo esto ocurría dentro del plano, sentía que terminaba ordenando al caos, por lo cual comencé a romper a éste en distintas direcciones haciendo obras, que con referencias figurativas (porque es el hombre el que vive en medio de ese caos), eran en realidad acumulción de pinturas en distintas direcciones. Continuaban por el techo y el piso. Llegado este límite (obras intransportables e inguardables), y sintiendo, además, que no oponía fragmentos de realidad dado que todas las partes estaban unidas por mi carga expresiva, dejé de pintar para buscar un camino ambiental que reflejara, objetivamente, ese caos por medio de espejos plano-cóncavos. Una vez investigada esta posibilidad cara y limitada, también la abandoné. Y muy a pesar mío me encontré sin mi lenguaje, la pintura, porque lo sentía inapropiado para asumir mi entorno.

Por ello muchas veces he dicho que yo no dejé la pintura sino que ella me dejó a mí en el momento en que más la quería. Y, como en el tango, volvió solita cuando menos lo esperaba. Creo que puedo explicar por qué volvió, y ahora estamos juntos, mejor que nunca.

Ensayé aplicar el concepto de revelación, que el arte en sí mismo encierra, a la vista cotidiana porque justamente sentí que la pintura en términos generales no podía en la actualidad abarcar simbólicamente a un mundo pleno de símbolos opuestos, y, por lo tanto, no simbolizable. Extrañé la pintura como una excelente terapia porque en ella me sentía pleno, pero por esa misma "plenitud" me parecía tramposa. La sentí inadecuada con su circulación elitista en el mundo contemporáneo. La sentí en crisis y no por mi propia experiencia, sino también por todo lo que veía en torno mío. Sentí que la historia del arte occidental había desarrollado una lógica que consistió en desarrollar una imagen y luego desmenuzarla, de la misma manera que una mujer hace un *strip tease*, hasta quedar desnuda. Pero nunca hablé de la "muerte de la pintura", (aunque me lo adjudicaron), como lo hicieron otros, por la sencilla razón que no tengo vocación de funebrero sino de vida. Pero si se habló de "la muerte de la pintura" es porque no solamente yo, sino muchos, sintieron esa crisis.

Y todo eso que creí y sentí lo sigo creyendo y sintiendo a pesar que ahora pinte.

Creí también que el arte nunca puede morir porque el arte es la aventura misma del hombre que está bien viva más allá del campo de las clásicas artes. Como cuando Niehl Bohr dice como científico: "Todo es posible a condición que sea lo suficientemente absurdo" o cuando manos anónimas pero juveniles y en rebelión social escriben: "Sea realista: pida lo imposible". Y lo creí porque estaba de acuerdo con la definición de arte de Coleridge: "Convertir la naturaleza en pensamiento y el pensamiento en naturaleza; lo interior en exterior, lo exterior en interior".

Creí también que si la imagen occidental estaba desnuda no era por cierto la imagen de mi pueblo latinoamericano que aún no ha escrito su historia de grandeza, y por lo tanto, de imagen propia (porque para mí el poder no es otra cosa que el poder ser). Pero esta imagen no es posible que la inventen los artistas, sólo podrá hacerlo el pueblo entero en un proceso de enunciación cultural que pasa por lo político y lo social.

Sentí que los pintores latinoamericanos estaban a contrapelo de la historia teniendo que dar una imagen de una cultura que todavía no se enunció. Y en verdad, en conciencia, la estética de la nostalgia (esa que ha nutrido todo el arte latinoamericano, esa referida a Europa primero y después a Estados Unidos, esa que se caracteriza, como toda nostalgia, como una distancia consigo mismo), la sentía totalmente muerta porque siempre lo estuvo.

Creí todo esto. Por ello no podía pintar. Lo sigo creyendo, y sin embargo ahora pinto.

Ensayé en el lenguaje de la conciencia que es el de las palabras, dar imagen de ese caos a través de las contradicciones paradójicas; ensayé tratar de aclararme por medio del pensamiento todas las contradicciones que sentía en torno mío.

Ensayé formas de vida, ya que no era más un pintor y no había querido volver al plano (que en definitiva es el lugar donde sucede la pintura) tan solo para ganarme el pan, cuando me había alejado naturalmente del plano.

Primero intenté, al poner un bar con amigos, encontrar una respuesta, al menos para vivir. Por otra parte al hacerlo sentí que estaba haciendo una nueva obra, una estructura, con imágenes humanas (pero éstas vivas). Pero todos los equívocos me superaron y mi problema económico (ya que mi participación económica en él era mínima) no se solucionó.

Luego intenté enseñar pintura y dibujo. Algunos vieron en ello una nueva incoherencia mía. No lo era. Lo encaraba como el lenguaje de imaginar, cómo el lenguaje de hacer imágenes visuales lo que en un mundo pleno de imágenes significantes tenía sentido. Por otra parte siempre amé esa dimensión sensible de la pintura y la necesidad de los hombres de relacionarse intuitivamente con el mundo a través de un lenguaje determinado (para el caso el visual).

Pero la enseñanza del lenguaje visual me llevó a la plena conciencia de las tensiones que por vibración se pueden generar con el juego de la línea, el espacio y el color. Y, sencillamente, así, enseñándome a mí mismo (porque creo que uno no solo enseña lo que sabe a nivel consciente, sino también a nivel inconsciente), me abrí las puertas de mi regreso a la pintura, a la que siempre extrañé.

Y volví a la pintura a través de la naturaleza, a la que nunca antes había pintado dado que estaba centrado en el caos del mundo de los hombres. La descubrí en el Tigre, vegetación y río, latencias de mitos, . Y por esto esta serie que expongo ahora sobre "la naturaleza y los mitos" y esa otra sobre la conquista de América, donde trato de abordar de nuevo visualmente el quiebre de estructuras culturales. Esta vez como una violación de la naturaleza: la oposición entre una cultura centrada en el hombre y otra centrada en la naturaleza. Y lo trato de hacer rompiendo el plano, desde adentro por vibración del color, fundamentalmente a través de líneas vibratorias.

Pese al tema americano no creo que esté haciendo arte americano. No me lo propongo. Solo me asumo como un investigador en el terreno de la imagen, como creo que lo es todo pintor. En cuanto al arte americano creo que solo se dará genuinamente, cuando exista Latinoamérica como pueblo independiente. Será la imagen de una identidad cultural asumida.